

PARA PENSAR EN LETRAS

José Manuel Peláez

Universidad Católica Andrés Bello

jmpel@intercable.net.ve

[RESUMEN]

La reflexión constante, la búsqueda de la realidad en la literatura, la desconfianza en el simplismo: bien sea de palabra o de imagen, la negativa a que otros piensen o imaginen por nosotros, aprender a no estar satisfechos sin por eso convertirnos en amargados, acoger la duda como una buena compañera de viaje, aprender a mirar más allá de lo que muestran los ojos y descubrir que dentro de nosotros existe todo lo que existe dentro de un gran libro y viceversa es lo que debe animar.

Se trata de hacer una propuesta de *reflexión* para docentes y estudiantes de *Literatura* en la que, más que hablar de aspectos metodológicos, se habla del espíritu y el ánimo que deben prevalecer en los estudios de *pregrado* para encontrar un sentido vigente para esos estudios en los momentos actuales.

Los puntos señalados como los más importantes son: la reflexión constante, la búsqueda de la realidad en la literatura, la desconfianza en el simplismo –bien sea de palabra o de imagen–, la negativa a que otros piensen o imaginen por nosotros, aprender a no estar satisfechos sin por eso convertirnos en amargados, acoger la duda como una buena compañera de viaje, aprender a mirar más allá de lo que muestran los ojos y descubrir que dentro de nosotros existe todo lo que existe dentro de un gran libro y viceversa.

Se alerta a estudiantes y docentes acerca de la oposición que bajo diferentes aspectos encontrarán en la sociedad actual, más interesada en un comportamiento predecible y global que en actitudes individualistas.

[PALABRAS CLAVE] Reflexión, literatura, pregrado

[ABSTRACT]

To constantly think, to search for reality through Literature, to remain sceptical when faced with a simplistic idea whether it is written or looked at, to reject the idea of others thinking or imagining in our stead, to learn how to be dissatisfied without becoming embittered, to accept doubt as a good bedfellow, to learn to see beyond what our eyes see and discover that within us is everything that exists in a great book and viceversa: that is what should encourage us. Faculty and students of Literature must make a proposal to think with the spirit and enthusiasm that should prevail in undergraduate studies in the place of methodology to find a current sense of purpose. The highlighted issues are: the constant reflection and search for reality in Literature;

distrust of simplification, written or beheld; the rejection of others thinking or imagining for us; learning how to be dissatisfied without becoming embittered; accepting doubt as a good bedfellow; learning to see beyond what our eyes see and discovering that all that exists in a great book is within us and viceversa. Students and faculty are forewarned against the different kinds of resistance they might encounter from modern society which is more interested in predictable and global behavior than individualistic attitudes.

[**KEY WORDS**] Reflection, literature, undergraduate

En todo momento de la historia han existido hombres (y mujeres) capaces de entender que era imprescindible una profunda reflexión sobre el rumbo de la humanidad. Y aunque toda reflexión resulte peligrosa –sobre todo en el seno de una sociedad satisfecha– algunos de esos hombres (y mujeres) se atrevieron, mientras que muchos otros prefirieron guardarse sus ideas para tiempos mejores (generalmente póstumos).

Algunos, entre los atrevidos, fueron aún más allá de comentar la reflexión y la convirtieron en escritos. Millones de palabras en forma de ensayo, narración, drama o poesía constituyen el cuerpo de lo que conocemos como literatura, y que no es otra cosa que una forma de persistencia del pensamiento humano acerca de los propios humanos. La responsabilidad de los estudios de Letras es, en el fondo, la preservación y resurrección constante de las ideas recogidas en aquellos millones de palabras para que dejen de ser «letra muerta» o «curiosidad intelectual» y pasen a ocupar un puesto de preferencia en la labor de reflexión que nos corresponde en este momento y que, según el *Diccionario* de la RAE, significa «Pensar atenta y detenidamente sobre algo».

Nuestro primer obstáculo en esta tarea es que nos hemos acostumbrado a no pensar. La publicidad, los políticos, los servidores de Internet, las estrellas de rock o los futbolistas piensan por nosotros y nuestro único esfuerzo es estar de acuerdo o en desacuerdo con ellos; actitud que, a la larga, es mero disfraz de una realidad bastante más antipática: creyendo ser libres, somos esclavos de un amo desconocido. De manera que si pensar está fuera de nuestras costumbres, pensar atenta y detenidamente se parece bastante a un milagro. Justamente por eso hay que intentarlo.

Nadie tiene la exclusividad de la reflexión, pero es innegable que la *Universitas* en su definición más esencial ha estado ligada a este ejercicio desde siempre, y, cuando se ha alejado de él, se ha convertido en un simple centro de distribución de información, lo cual es una función válida y a reconocerse, pero no corresponde a la primigenia misión de generar conocimiento; el conocimiento que se deriva de un pensar atenta y detenidamente sobre algo.

Las ideas que se exponen a continuación se refieren al espíritu de los estudios de Letras. No se trata aquí de discutir escuelas metodológicas o líneas curriculares, sino de buscar el ánimo con que los estudiantes deben estudiar y con el que los profesores deben tratar de enseñar. Y más concretamente, hablamos de los estudios de pregrado, porque es allí, en esa primera etapa de cualquier estudio universitario, donde se forma la verdadera mente universal que aportará

inteligencia, tolerancia, ética, cuestionamiento racional y visión de conjunto a la sociedad en la que actúa. Hablamos de un espíritu que los docentes no debemos perder de vista y al que los alumnos de Letras deben acercarse no como materia de pensa, sino como depositarios de una tarea en la que tienen quizás más responsabilidad que otros estudiantes, porque ellos serán los guardianes del tesoro de la literatura, si es que la aventura de buscarlo y encontrarlo da sentido a sus estudios, más allá de la rendición (y eventual aprobación) de exámenes.

En realidad, lo único que proponemos son varios temas de reflexión.

LA UTILIDAD DE LO INÚTIL Y VICEVERSA

Todo estudiante o docente de una Escuela de Letras se ha enfrentado alguna vez a la incómoda experiencia de tener que confesar que estudia o da clases de Letras y ha visto la cara de extrañeza de la mayor parte de los oyentes. Disimulados gestos de una consideración muy parecida a la lástima son el único obstáculo para no ser ametrallado por una sólida descarga a bocajarro: «y eso, ¿para qué sirve?» Nadie, en su sano juicio, se atrevería a decir que la literatura es más útil que la ingeniería química y, por eso justamente, la primera necesidad que tenemos es desconfiar del sano juicio. No quiere decir esto que estemos negando la utilidad de la ingeniería química o la psicología industrial o la cirugía perinatal; simplemente se trata de colocar en perspectiva el término de *utilidad*.

Nuevamente recurriendo a la RAE. *Utilidad* es «Provecho, conveniencia, interés o fruto que se saca de algo». Como vemos, una definición bastante amplia que ya había intuido Robinson Crusoe, cuando su *alter ego* Daniel Defoe le hizo expresar estas palabras:

Ya he mencionado que disponía de una pequeña suma de dinero, en oro y plata, unas treinta y seis mil libras esterlinas. ¿De qué me servían? Sucio, deleznable, inútil montón. Lo hubiera dado a puñados por una gruesa de pipas para fumar o por un molino de mano para moler mi grano. (Defoe, 1998: 145)

Hasta nosotros, pervertidos por una sociedad comercial, estamos en capacidad de comprender, gracias a las extraordinarias circunstancias en las que naufraga Crusoe y al arte de Defoe que puede ser preferible una pipa para fumar que un lingote de oro. Entonces, debemos someter a reflexión nuestro concepto de utilidad, porque por lo general lo asociamos a un objeto o a una actividad que da el resultado esperado, pero solemos olvidar la utilidad del resultado mismo; solemos perder de vista el resultado final. Por ejemplo: el aire acondicionado es útil en la medida en que rebaja la temperatura del ambiente en que nos encontramos, pero ¿qué pasa con el calentamiento global que se produce en el planeta por el funcionamiento de los millones de aparatos de aire acondicionado? Parte de nuestra mentalidad utilitaria se ocupa en pasar de largo por estas preguntas, como si al hacerlas estuviéramos declarándonos enemigos del progreso, lo cual es muy feo. Pero la evidencia dice que el calentamiento del planeta y sus consecuencias caóticas son una realidad. Entonces, ¿cuál es la utilidad del aire acondicionado?

Algo parecido pero inverso ocurre con los estudios de Letras; parecen no servir para nada, pero vistos en perspectiva resulta que leer, escribir o analizar exige y, a la vez, produce una elevación en la calidad del pensamiento. ¿Cómo puede ser, entonces, que resulte inútil saber pensar bien?

No aceptemos la utilidad o inutilidad de algo como una etiqueta que los que se han acostumbrado a pensar por nosotros quieren imponernos. Los estudiantes de Literatura deben comprender la profunda utilidad de la misma: mostrar un mundo complejo que no puede ser comprendido desde posturas tomadas ni desde la simpleza de los lemas publicitarios. Ese mensaje, crítico de lo aparentemente útil, se encuentra repartido en todo el mundo literario; Homero recoge cómo los dioses juegan con Aquiles al que han hecho superior, pero al que le han dejado un débil talón por el que, fatalmente, morirá. Raymond Chandler nos cuenta cómo Lew Archer en *El largo adiós* se deja golpear por unos policías corruptos para no denunciar a un amigo que no merecía tal sacrificio, tan sólo para responder a una exigencia interna de su propia ética. Y Jorge Luis Borges, siempre sorprendente, reflexiona sobre lo inútiles que resultan para un puñal los años que pasa guardado en un cajón, lejos de su sueño de venganza y sangre.

Si algo debemos empeñarnos en transmitir a los estudiantes, apoyados en la literatura, es la utilidad de cuestionar la utilidad. Y también debemos prepararnos y prepararles para aceptar la duda.

MÁS VALE UNA AUTÉNTICA DUDA QUE UNA FALSA CERTEZA

No nos gusta la duda. Tendemos a esconderla porque nosotros mismos desconfiamos de quien duda. Buscamos desesperadamente la asertividad porque es muestra de eficiencia. En ciertas esferas de la existencia, esto es verdad. Pero con demasiada frecuencia dejamos de lado aspectos en los que la duda tiene, por lo menos, el valor de mostrar que somos capaces de reflexionar y que no toda reflexión conduce a un resultado práctico y concreto. Algunas conducen a la duda y esa duda no debe ser repudiada porque también puede producir frutos importantes. Frutos como los que recogió Descartes cuando en su *Discurso del método* hizo de la duda metódica una herramienta para llegar a la verdad.

La duda puede provenir de dos fuentes: la ignorancia o la indecisión. En el primer caso, la duda es salvable con facilidad, basta con trabajar para conocer lo que desconocemos; en el segundo, tropezamos con obstáculos mucho más importantes: nuestros propios conflictos, fuerzas de dimensión parecida que, dentro de nosotros, nos impulsan en direcciones diferentes.

Esta última forma de duda es la que ataca al príncipe Hamlet, y si bien es muy molesta a la hora de tomar venganza, sirve para que el personaje descubra ante nosotros mundos desconocidos y verdades trascendentes a las que debe asomarse nuestra humanidad, porque al fin y al cabo:

[...] ¡Hay algo más en el cielo y en la tierra, Horacio, de lo que ha soñado tu filosofía! [...] (Shakespeare, 1967: 1346)

Ese algo más no debe ser confundido con la alucinación de un personaje enfebrecido, ni con la fantasía que tanto campea. Ese algo más es todo aquello que no se toma en cuenta como efecto cuando echamos a andar inconscientemente una causa. Ese algo más, misterioso pero real, nos completa, nos hace ser más que consumidores entrenados o fríos robots. Ese algo más es la esencia de lo humano, que se manifiesta en la duda y que a veces toma el camino trágico o a veces el camino del humor; caminos ambos que nos diferencian de los animales. De manera que no deberíamos renegar tan enérgicamente de la duda.

Un estudiante de Letras debe estar dispuesto a dudar de sus certezas, porque es posible que muchas de ellas sean falsas y que se mantengan por costumbre, por inercia y, sobre todo, por no correr el riesgo de mover la alfombra bajo nuestros pies. Nora Helmer, el personaje principal de *Casa de muñecas*, de Ibsen, hace eso después de ocho años de matrimonio y tiene que abandonar a su esposo a sus hijos y a su hogar, porque súbitamente se da cuenta de que nunca ha sido mujer, mejor dicho, nunca ha sido, y aquí los ecos de Hamlet vuelven a resonar con el famoso «¡Ser o no ser: he aquí el problema!» (Shakespeare, 1967: 1359).

No intentemos idealizar la duda, tampoco podemos aceptarla de manera pasiva porque es inevitable. Aspiremos por todos los medios el despejarla, sabiendo que al hacerlo encontraremos más niebla y que el trabajo es navegar en medio de la niebla para lo cual, seguramente, debemos tener los ojos bien cerrados.

OJOS BIEN CERRADOS, PARA VER MEJOR

La literatura nos ha regalado una galería de ciegos famosos: desde Homero hasta Milton, desde Tiresias hasta el ciego del *Lazarillo de Tormes*. En las antiguas narraciones mitológicas la ceguera era, a veces, compensada con la posibilidad de la adivinación; con un enigmático «ver más allá». Quizás por eso Jorge Luis Borges, en una de sus últimas visitas a Venezuela, casi ciego del todo, pidió que lo llevaran a una feria de coleo sin que nadie entendiera qué es lo que pretendía «ver» dadas las circunstancias. Quizás por eso Ernesto Sábato, con prohibición médica de leer y escribir, ha sido capaz de dictar *Antes del fin*, su testamento espiritual. Quizás cerrando los ojos se vea mejor, porque la mirada se vuelve hacia adentro.

La imaginación es una facultad del alma relacionada con la capacidad de inventar imágenes, imágenes que entran por los ojos y es por allí mismo que nos secuestran esta facultad generadora. En nuestra época, el culto a la imagen es absoluto; somos consumidores indiscriminados, adictos y voraces de imágenes y, en la medida en que lo hacemos, dejamos de adiestrarnos en el uso de una herramienta esencial para la literatura.

Nuestra época es terrorista de la imaginación. El cine, la televisión e Internet son generadores y divulgadores de imágenes a una velocidad y en una cantidad imposible de digerir. Nuestros ojos se llenan de lo que otros han inventado para nosotros y se va formando el fenómeno de perder la costumbre de imaginar, al igual que perdimos la costumbre de pensar.

Una de las frases hechas más comunes es que «Una imagen vale más que mil palabras». Como más vale una auténtica duda que una falsa certeza, si nos atrevemos a dudar de esta afirmación encontramos que, desde luego, una imagen es útil a la hora de querer mostrarnos un paisaje en su totalidad o el rostro de una persona o un suceso; pero no siempre vale mil palabras. Como todo en la vida, depende de la imagen y depende de las palabras.

Y su alma le rogó que se alejara, pero él no lo hizo, tan grande era su amor. Y el mar se acercó y los cubrió con sus olas, y cuando él supo que su fin iba a llegar besó con labios enloquecidos los fríos labios de la sirena y su corazón se rompió. Y como su corazón se rompió por la grandeza de su amor, el alma pudo entrar en él, y ambos fueron uno como antes. Y el mar cubrió al joven pescador con sus olas. (Wilde, 2000: 140)

En el texto anterior hay 88 palabras, menos de la décima parte de las palabras que, supuestamente equivalen a una imagen. ¿Cuántas y cuáles imágenes podrían recoger la complejidad que Wilde nos transmite en su texto? ¿Por qué vamos a dejar que se nos escamotee el delicioso ejercicio intelectual y emocional de ir pasando nuestros ojos por las palabras mientras nuestra imaginación genera su propia película?

El estudiante o el docente de Letras debe ser un enamorado de los libros, no por una papirofilia sospechosa, sino porque los libros son los únicos y auténticos cómplices en el delito de cerrar los ojos para ver mejor. Sobre todo si se quiere ver el bosque.

EL BOSQUE QUE PERMITE VER LOS ÁRBOLES

Éste es un punto específicamente referido a los estudios de pregrado en los cuales, a nuestro juicio, hay que evitar a toda costa la «especialización precoz». El pregrado debe dar la panorámica más completa posible y debe evitar que el estudiante, por el afán de encontrar un nicho o por simple esnobismo, determine un área en la que se va a hacer experto antes de tiempo.

He tenido la mala suerte (no demasiadas veces) de tener que escuchar a niños prodigio que, llevados por la ceguera materna, han sometido a los amigos a insufribles recitales de piano en los que, sí, es verdad, llama la atención que a los ocho años toque una partitura de Chopin, pero no se escucha la música de Chopin. Y es que la música es mucho más que una partitura, la música requiere la vida y la reflexión que llegan con el tiempo (a veces).

Sabiendo que los estudiantes están impacientes por hacer suya una parte de la literatura, una exótica especialización que los diferencie de los otros, debemos alertarlos sobre los peligros que este nerviosismo encierra y, a su pesar, convencerlos de que es muy pronto para tomar tierra, que deben seguir sobrevolando una extensión demasiado vasta y de la que les falta mucho por cubrir.

El peligro para el docente es diferente. El docente, que con seguridad ha pasado el pregrado, es posiblemente un especialista, y eso está muy bien. Mientras mejor especialista sea, seguirá

entendiendo más y más el árbol que ha elegido, pero debe evitar que el estudiante pretenda hacer lo mismo que él hace antes de estar preparado.

Cuando el proceso se acelera y se queman etapas, entonces la especialización equivale a utilizar un catalejo al revés y creer que la realidad es la minúscula porción encerrada en la circunferencia. Así se construyen rígidos paradigmas que nos llevan a descalificar y rechazar todo aquello que no coincide con la forma elegida.

Nuestros programas deben tener la amplitud y permitir libertad de movimientos. Nuestro espíritu, al dar una materia, debe contener tanto la comprensión de la misma como la ubicación de ella dentro del panorama de las demás materias y, sobre todo, evitar con la misma maestría que Odiseo evitaba a Scylla y Caribdis, la tentación de creer que nuestra materia y nuestro enfoque es el único válido.

Chéjov sostenía que la mejor forma para ser universal provenía de hablar de la propia aldea. Pero para eso debemos conservar la suficiente sensibilidad como para reconocer lo que es universal y acentuarlo delante de quienes tienen menor experiencia para verlo.

LA LITERATURA, CAMINO A LA REALIDAD

No es extraño escuchar la frase «¡Eso es literatura!» como queriendo decir que es mentira. Existe toda una teoría acerca del valor evasivo de la literatura que, en parte, es culpable de hacer de los estudios de Letras algo muy parecido a una corrida de toros virtual donde no hay torero, no hay toro ni mucho menos hay sangre, o sea, que no existe.

La verdad es que la literatura da para mucho, y si por momentos puede facilitar la evasión de la realidad, también puede en muchos otros momentos mostrar la realidad cuando creemos que nos está alejando de ella. Durante los años negros de la cacería de brujas organizada por el senador McCarthy, algunos de los más brillantes literatos norteamericanos inventaron la ciencia-ficción como una posibilidad de eludir la censura, pero nunca la realidad: Ray Bradbury, Philip Dick o Arthur Clarke plantearon en sus obras inquietantes visiones de un futuro que se asomaba con una carnalidad innegable y de las que ya había muestras en la sociedad que ellos habitaban y que, para nuestra desgracia, hoy son absolutamente reales.

Incluso la fantasía puede ser utilizada en literatura para mucho más que para escapar de la rutina y de lo que no nos gusta. ¿Será *Alicia en el país de las maravillas* una simple aventura fantástica o subyace en sus personajes y en sus situaciones una feroz sátira a su sociedad, a su relación con el tiempo, a la inutilidad de sus gestos, a sus juegos con apariencia de seriedad? Esto, como tantos otros temas que hemos apuntado, debe ser materia de reflexión.

Ninguna gran literatura es evasiva, como ningún gran arte lo es. Debemos insistir en no perder de vista esta perspectiva, no tanto por lo que piensen de nosotros como por lo que nosotros

podemos pensar de nosotros mismos. Ningún estudiante debe creer que está aprendiendo a hacer elegante el sinsentido o que nada de lo que discute o estudia tiene que ver con su entorno. Al contrario, en el espíritu que nos tiene que animar debe estar contemplado el encontrar todos los caminos que llevan de la literatura a la realidad. Nuevamente el descubrimiento y acentuación de los rasgos universales de cualquier obra será de ayuda invaluable en este sentido.

LO QUE LOS MAESTROS HICIERON O LO QUE DEBE HACERSE

El camino de las Letras está más que marcado por todos los maestros que lo han recorrido y lo siguen recorriendo. Ése es el mismo camino que debemos mostrar a los estudiantes para que lo recorran con sus herramientas, a su ritmo y convencidos de que son depositarios de una tradición casi sagrada.

La reflexión constante, la búsqueda de la realidad en la literatura, la desconfianza en el simplismo: bien sea de palabra o de imagen, la negativa a que otros piensen o imaginen por nosotros, aprender a no estar satisfechos sin por eso convertirnos en amargados, acoger la duda como una buena compañera de viaje, aprender a mirar más allá de lo que muestran los ojos y descubrir que dentro de nosotros existe todo lo que existe dentro de un gran libro y viceversa es lo que debe animar el espíritu de una Escuela de Letras, sabiendo que es trinchera contra la ofensiva de una sociedad interesada en mantenernos callados, vacíos y, además, sonrientes mientras morimos lentamente.

[REFERENCIAS]

- DEFOE, D.** (1998) *Robinson Crusoe*. Barcelona: Edicomunicación S.A.
SHAKESPEARE, W. (1967) *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
WILDE, O. (2000) *El fantasma de Canterville y otros cuentos*. Madrid: Biblioteca EDAF.